

El mar interior

El mero hecho de estar vivo es, desde luego, más que suficiente aventura en un mundo como éste, tan errático e inconexo; tan adorable y tan extraño y misterioso y profundo. Y, en cualquier caso, es una pena permanecer en él medio muerto.

WALTER DE LA MARE, *Islas desiertas*, 1930

Los barrios residenciales se deslizan veloces a lo largo de una cadena de estaciones desiertas en las que flotan voces incorpóreas desde altavoces ocultos. Los abedules marchan junto a la vía, relucientes como si estuvieran envueltos en papel de plata. En las ramas de los sicomoros se agitan bolsas de plástico. El tren avanza. Hay un tejón muerto entre los raíles; un zorro emerge de los matorrales. A pesar de las sillas rotas y de los colchones en descomposición arrojados sobre los muros y las vallas metálicas, si desapareciéramos la naturaleza tardaría sólo unas pocas semanas en reconquistarlo todo.

Desde que viví allí, salir de Londres me parece una especie de evasión. La ciudad me asustaba y me entusiasmaba al mismo tiempo, con sus calles y callejones en los que podría perderme, sus barrios sin alma alrededor de su oscuro corazón, sus avenidas retorcidas como los tentáculos de un voraz pulpo. Solía pensar en cómo iba a llegar a casa si se declaraba la guerra. Cómo, cuando sonaran las sirenas o llegaran las noticias por radio, tendría que caminar por las infinitas

zonas de las afueras, a lo largo de una autopista o por carreteras secundarias, tratando de encontrar el camino al sur.

Me derrotaba y cautivaba la escala y el tamaño de la capital, que se extendía como una mancha salida de su río. Descendí a los sótanos que el punk y todo lo que vino después convirtieron en lugares glamurosos, cavernas abiertas en la monotonía, que brillaban con energía y abandono. Aprendí a beber y a drogarme y a vestirme cada noche como si fuera la primera y la última. Quería vivir como los personajes de los pósteres colgados en mi pared, escapar a mis orígenes. Y, sin embargo, siempre quise volver a casa.

Londres, ensartado en su vía navegable, representaba el confinamiento. Pero para liberarse uno sólo tenía que subir a un autobús y recorrer una de esas rutas que deben remontarse a los inicios de la ciudad y que transportan pasajeros fantasmagóricos a través de calles cambiantes e inmutables, miembros de incontables generaciones regañadas en paradas de autobús. Desde un asiento del piso superior de un tembloroso autobús se contempla un panorama familiar: de Old Street a City Road, de Bank a San Pablo, de Blackfriars al Támesis. Abren nuevas tiendas y se alzan rascacielos, marcas de pleamar de la fortuna de la ciudad. Una mañana, una bomba del IRA estuvo a punto de tirarme de la cama; ahora el acero y el vidrio se elevan más altos que nunca sobre esta ciudad en perpetua destrucción y reconstrucción.

Desde esta aguilera móvil se ve a todo el mundo a medias. El autobús se arrastra por las calles, haciendo de su obstinada lentitud una enmienda al frenético movimiento que lo rodea; el esclerótico tráfico procede envuelto en su resplandor azul mientras la gente camina hacia sus trabajos, con maletines y tazas de café en la mano, fumando subrepticios cigarrillos entre nubes de humo ilícito.

A lo largo de esta desvencijada ruta está escrita mi historia: Bunhill Fields, un refugio verde para las tardes de verano, aunque bajo su suelo yacen los huesos de William Blake y de miles de víctimas de la peste; el hospital Barts, en cuyo interior victoriano me operaron un extraña mancha blanca que empezó a ascender por mi columna

vertebral y fue diagnosticada con el elaborado nombre de *lymphangioma circumscriptum*, como si las letras serpentearan escritas en mi espalda, y que, una vez extirpada, dejó una cicatriz anudada a mis vértebras; las oficinas de los periódicos en Fleet Street, el último imperio de las máquinas de escribir y el alcohol, en las que trabajé a turnos vestido con un traje barato; y Holborn Hill, donde, en el inicio de *Casa desolada*, Dickens fantaseó con una ciudad embarrada «como si las aguas acabaran de retirarse de la faz de la tierra», con «un megalosauro, de cuarenta pies de largo más o menos, caminando como un lagarto gigantesco», recién salido de las aguas del Támesis. A lo largo de todo el trayecto hay monumentos a hombres olvidados cuyos sueños están ocultos tras voluminosas barbas; y tritones musculosos, cuyos escamosos muslos emergen del agua que corre bajo las calles. Es extraño vivir en una ciudad en la que se ha forzado a los ríos a discurrir bajo tierra: *Holborn* significa «*hollow bourne*», que era el nombre de uno de los afluentes que alimentaban el río Fleet.

Un artista que también era buceador me explicó cómo, hace algunos años, había vivido en un sótano muy húmedo de Pimlico. La atmósfera del lugar era tan fría y la humedad tan opresiva que se vio obligado a llevar trozos de poliestireno dentro de las botas para mantener los pies calientes y a poner una capa similar bajo su cama. Un día miró fuera y vio que un trozo bastante grande del pavimento de adoquines se había hundido, dejando ver debajo un torrente de agua corriente que no estaba canalizada en una tubería ni en un conducto, sino que discurría sobre un fondo de tierra y grava: un auténtico lecho fluvial. Era como si alguien hubiera hecho un agujero en el caparazón de la ciudad.

Como tantas otras ciudades —Venecia o Hong Kong, Nueva York o Ámsterdam, San Petersburgo o México— o como lugares sagrados como Winchester, los cimientos de cuya catedral fueron salvados por el buceador eduardiano William Walker, o Ely, cuya catedral se alza como un barco que navega en las marismas de los Fens, cuyas aguas recorren las famosas anguilas de la zona, Londres

es una ilusión; la ciudad flota sobre arena y arcilla. No hay nada fuera del alcance de la marea; el río trae el mar a la ciudad. En ocasiones puede que incluso se lo invite, como sucedía en Sadler's Wells, cuyo teatro acuático, que abrió en 1804, se alimentaba con aguas del New River —también un río cuyo curso se había desviado— y se jactaba de representar sus obras en una cisterna de veintisiete metros y medio de largo por siete metros y medio de ancho y casi un metro de profundidad.

Allí uno podía asistir al sitio de Gibraltar o ver el carro de Neptuno, del que tiraban caballos marinos, junto con otros «peligrosos y sobrecogedores incidentes»: una mujer que se caía de las rocas y a la que rescataba su amante; marineros que saltaban de un barco en llamas; un niño que era arrojado al agua por su nodriza, a la que habían pagado para que lo matara, y era rescatado en el último momento por un perro terranova. Tan conmovedoras eran estas escenas que al final de cada actuación miembros del público saltaban al agua para asegurarse de que era real. Un teatro en el que se podía nadar era notable incluso en la ciudad más importante del mundo, y no tendría rival hasta que, en 1971, se abrió un delfinario en Oxford Street, una turbia cisterna de seis metros de profundidad en la que no faltaban doncellas acuáticas en bañador, un león marino, un pingüino y un trío de delfines llamados Sparky, Bonny y Brandy, a los que se persuadió para que llevaran sombreros de plásticos y realizaran los trucos habituales del negocio.

La capital moderna apenas presta atención al río que fue su razón de ser. El Támesis no se encauzó con terraplenes hasta mediados del siglo XIX; hasta entonces no se podía caminar por su orilla, y para llegar hasta el agua había que descender por varias escaleras, cuyos nombres se pueden rastrear en los mapas antiguos —las escaleras de Temple, las de Essex, las de Arundel, las de Surrey, las de Salisbury y las de Whitehall—, mapas que también recogen ubicaciones como The Strand, que hace referencia a lo que en tiempos fue una playa. El río estaba entonces mucho más presente en la vida de la ciudad; de hecho, se desbordaba en su interior y lamía los pies de sus edi-

ficios. Ahora los terraplenes lo supervisan con asombrosa frialdad. A su lado los coches pasan a toda velocidad, los trenes cruzan los puentes y la gente va a sus trabajos dando la espalda al poderoso dios marrón que fluye junto a ellos. Puede que tenga el color del barro, que rebose de cieno, sedimentos y toda clase de desperdicios, pero me siento tentado de zambullirme en él como lo hacía Benjamin Franklin, que solía nadar con frecuencia en sus aguas cuando trabajaba como aprendiz de impresor cerca de Lincoln's Inn Fields en 1725.

Franklin estaba obsesionado con la natación. «Siempre, desde muy niño, me ha deleitado este ejercicio», escribió en su *Autobiografía*, «y he estudiado y practicado todos los movimientos y estilos de Thevenet, a los que incluso he añadido algunos de cosecha propia, intentando que fueran elegantes y fáciles a la par que prácticos». Incluso durante su viaje a Inglaterra, cuando el barco pasó junto a la isla de Wight y divisó marsopas, calderones y delfines, Franklin se lanzó al agua y nadó alrededor de su barco como si quisiera unirse a los cetáceos. Ya en Londres, enseñó a nadar a un joven aprendiz —«un joven ingenioso llamado Wygate»—. En un trayecto en bote hasta Chelsea, Franklin decidió demostrar su pericia a sus compañeros de viaje. Se quitó la ropa, se zambulló en el río y nadó todo el trayecto de vuelta hasta Blackfriars, «realizando en el camino varias proezas físicas, tanto en la superficie del agua como bajo ella, que sorprendieron y deleitaron a aquellos para los que resultaban novedosas». Incluso se planteó abrir una escuela de natación en la ciudad antes de que el destino lo reclamara para otros quehaceres.

En ocasiones, en los grandes periodos de mi vida en que he estado desempleado, he bajado del autobús y caminado por los estrechos callejones de la City, entre viejos colegios de abogados y tácitas celebraciones de privilegio, sintiéndome, en todos los sentidos, un forastero. Los caminos llevaban a Lincoln's Inn Fields, cuya vegetación, en la década de 1980, daba cobijo a pobres y desposeídos, que convirtieron la ajardinada plaza en un campamento y armaron sus

tiendas hechas de plástico bajo los enormes plataneros del parque. En un lado de la plaza está la casa de sir John Soane, cuyas antiguas esculturas y extraños efectos de luz crean un ambiente sepulcral en el interior; al otro se levanta la aburrida y grandilocuente fachada del Real Colegio de Cirujanos, que también alberga su propio gabinete de curiosidades.

Tras ascender por una escalera flanqueada por retratos de antiguos presidentes, al visitante lo recibe un cuarteto de paneles de madera enmarcados y colgados en la pared. Parecen completamente inocuos, hasta que uno comprende que lo que los recubre son los nervios y los vasos sanguíneos de seres humanos. Estos macabros objetos decorativos eran propiedad del conocido diarista John Evelyn, que los adquirió en Padua en 1643. Sus tabloncillos muestran la esencia de los cuerpos; todo lo demás —la carne y la grasa, los huesos y las vísceras— ha sido eliminado para dejar a estos tabloncillos verticales con sus fibras surcadas por afluentes como si fueran sistemas fluviales coagulados. Son un macabro anuncio de lo que aguarda tras ellos: una serie de vitrinas en cuyos estantes reposan incontables jarras, botellas y cajas que contienen todas las partes del cuerpo imaginables, tanto de humanos como de animales. Es como si el mundo se hubiera vuelto del revés y hubiera sido descompuesto en sus partes constituyentes por el coleccionista, cuyo nombre lleva el museo.

John Hunter, nacido en Escocia en 1728, fue un cirujano y anatomista que estudió en Barts. Después de servir en el ejército abrió su consulta en Londres; su hermano William era obstetra en el hospital Queen Charlotte, y asistió en el parto del futuro Jorge IV. John Hunter era un médico conocido y muy solicitado. Entre sus pacientes se contaba un Benjamin Franklin ya mayor (y más sabio), que ahora sufría de piedras en la vejiga, y el futuro Lord Byron, cuyo nacimiento asistió y a quien recetó una bota especial para su pie equinvaro, consejo que la madre del poeta procedió a ignorar. A ambos pacientes, que eran nadadores entusiastas, les habría resultado útil el procedimiento de Hunter para tratar a los que casi habían

muerto ahogados: recomendaba aplicar estimulación eléctrica para volver a arrancar los corazones.

La curiosidad de Hunter no conocía límites. Su lema era experimentar, no concebía limitarse únicamente a plantear hipótesis. Fue el primero en describir científicamente los dientes y en trasplantarlos vivos de un paciente a otro. Incluso experimentó sobre su propio cuerpo, mojando su bisturí en la llaga de una prostituta y luego haciéndose cortes en el glande y el prepucio con la intención de inocularse la gonorrea, aunque este experimento comportó la inesperada consecuencia de que contrajera también la sífilis. En una línea de investigación menos dramática, también encargó a su discípulo Edward Jenner que tomara la temperatura a un erizo.

Hunter era un gran profesor, pero su franqueza y su aparente sed de sangre no le hicieron muy popular. Blake lo retrató como «Jack Abretripas» en su parodia satírica *Una isla en la luna*. En Londres, Hunter vivía en una gran casa en Leicester Square, en cuyo comedor un espécimen de un pene erecto enmarcado en oro recibía a los visitantes; su residencia en el campo —a la que iba conduciendo un carro tirado por un búfalo— estaba en Earl's Court. *The Gentleman's Magazine* la describía como «más o menos una milla más allá de Brompton, en medio de los campos», un escenario rural, habitado por «animales que constituyen la más extraña selección posible en toda la naturaleza». Allí, Hunter vivía rodeado de un museo viviente, como si estuviera desarrollando un gran experimento

sobre mollejas de gaviotas, halcones y lechuzas,
el calor de los lagartos, los espolones de los pollos,
los huesos de los cerdos, los alveolos de las águilas,
el gemido del dingo, los ladridos de los *Beagle*;
elegantes zarigüeyas, espinosos erizos,
búfalos, lirones, lobos y perros.